

LA INDEPENDENCIA NACIONAL (1)

Recojo en mi corazón, de los purísimos labios de la infancia, las últimas notas de ese himno cuyas estrofas valientes y severas resueñan como golpes de un escudo guerrero en mis oídos ya habituados a la enervación y la molicie; y evocan involuntariamente en mi espíritu los gloriosos recuerdos de este sitio, un día no lejano convertido en altar sangriento de heróico y sublime sacrificio.

La solemnidad del sitio se agrega a la solemnidad del momento, y me siento débil y pequeño para interpretar el pensamiento de la comisión que tengo el honor de presidir—débil y pequeño para poner mi palabra a la altura de los sentimientos que me agitan y agitan, sin duda, al pueblo congregado.

Dentro de breves instantes el hilo eléctrico nos anunciará que queda inaugurado en la Florida el Monumento a la Independencia de la República.

El fausto mensaje circulará a la vez en todos los pueblos de la República, y todos los corazones verdaderamente Orientales, por el nacimiento o por la simpatía, vibrarán unisonos, cual movidos por los efluvios de esa electricidad moral con que el amor a la patria une a todos los buenos hijos de una misma tierra.

Nosotros que hemos adorado y levantado tantos ídolos, —tantos ídolos de barro!—en los días tempestuosos de la lucha y en estas horas sin luz de la fatiga, no habíamos tenido un solo recuerdo de mármol ni de bronce para honrar a los héroes y conmemorar las hazañas de 1825. Parecíamos poseídos de un patriotismo nonoclasta; la religión nacional, de culto cívico no tenía un solo templo, un solo Monumento levantado en nuestras villas y ciudades.—El viajero que las hubiese visitado habría podido preguntarse: ¿qué pueblo es este, que no cuenta en sus anales una de esas tradiciones gloriosas, de todos aceptada, de todos venerada, digna de ostentarse al mundo en mármoles y bronces imperecederos?

De hoy en adelante todos podremos decir: «Viajero! si deseas saber que también tenemos tradiciones heróicas, acércate al Monu-

(1) La inauguración del monumento a la independencia nacional, obra del escultor Juan Ferrari, erigido en la plaza de la ciudad de la Florida el año 1879, motivó manifestaciones de patriotismo popular en todo el país. En casi todos los departamentos se celebró este acontecimiento que señala una fecha esencial en la historia de la evolución de nuestra sociedad. En la ciudad de Paysandú hubo también solemnes festejos. El doctor don CARLOS MARIA RAMIREZ, que en aquella época se hallaba radicado en la nombrada ciudad, pronunció, como porta voz del pueblo, en la ceremonia realizada en la plaza, este elocuente discurso en que el noble tribuno interpretó magistralmente el sentimiento público.

mento que conmemora la Independencia de la República. — Habrás visto en otras tierras monumentos más lujosos y soberbios, obra tal vez de los esclavos que regimenta el despotismo para embellecer las cercanías de su alcázar, o de la ambición criminal que convierte en gloria humana el insensato abuso de la fuerza;—pero no habrás encontrado a tu paso, condensadas en mármol palpitante por la mano del artista, ni glorias más puras ni grandezas más altas».

Ocupamos sin duda un punto reducido en la corteza del globo que a su turno solo es un glóbulo de espuma en el inmenso mar de la creación. Hay empero un mundo moral donde la ley de las proporciones y la ley de la fuerza se transforman asombrosamente, donde una pequeña batalla de Washington o de Bolívar tiene los mismos resplandores de una colosal victoria de Napoleón I, donde Guillermo Tell, el héroe de las áridas montañas, es tan grande como Bruto, héroe de la vasta República Romana, y donde una lágrima de Polonia pesa mas que el formidable centro de los Czares.

Concentrar en el alma un pensamiento santo, un destello del ideal; poner a su servicio una resolución heroica; romper el molde de las acontecimientos, creándolos por la sola fuerza de la voluntad; arrancar la victoria del carro de los fuertes para uncirla al carro de los débiles;—convertir en realidad viviente, en hecho victorioso y definitivo la utopía de un instante, condenada al absurdo por todos los principios de la lógica y todos los consejos de la previsión y la prudencia,—oh! no puede subir mas alto la grandeza humana, y esa grandeza es la grandeza de los *treinta y tres Orientales* cuando se lanzaron a desafiar el poderío de un opulento Imperio y del gran Monarca que sus destinos regía.

Paréceme que veo en este instante sus figuras trazadas por la mano maestra de nuestro gran pintor. . . . Asoma el sol de 19 de Abril de 1825. Acaban los héroes de pisar las húmedas arenas que besa el Uruguay; flotan todavía en las costas las débiles barquillas que han cruzado el *Plata* llevando los destinos y la libertad de un pueblo.

Allí están.—Palpita en ellos el alma de la patria, que se expande al respirar sus auras.—Un fuego heroico anima sus miradas; una fuerza extraña parece crisar todos sus músculos; y allí, reunidos en indefinible grupo, juran sobre sus aceros inmortales redimir la patria o sucumbir gloriosamente en la demanda. . . Oh! quién pudiera detener el curso inexorable de los tiempos y cerrar el libro fatal de la memoria, para contemplarlos siempre así, jóvenes gallardos paladines de la patria, antes de que la guerra civil extendiese entre ellos la nube roja de los odios y rompiese la santa unidad moral de nuestra tierra, cuando todos eran puros y habría parecido una blasfemia horrible pensar que la vida de aquellos hombres no sería para siempre sagrada e inviolable para nuestro suelo!

El Monumento levantado en la Florida no conmemora únicamente la portentosa hazaña de los *Treinta y tres Orientales*. En aquellos grandes días, el ciudadano no fué menos heroico que el sol-

dad. Casi todos los Orientales tenían entonces temple de metal, y al lado del guerrero se alzaba el estadista como firme columna de la patria. Una asamblea era en aquel entonces una fuerza!—y la Conquista sintió estremecerse su poder cuando la Asamblea de la Florida hizo llegar a su oído y proclamó ante el mundo que el pueblo oriental «de hecho y de derecho era libre e independiente del rey de Portugal, del emperador del Brasil y de cualquier otro del universo». Nunca el derecho y la justicia hablaron en lenguaje más altivo sin otro apoyo eficaz que la explosión de la conciencia humana y del sentimiento patrio, porque entonces, el 25 de Agosto de 1825, la victoria no había sonreído todavía a los patriotas y la empresa libertadora aparecía apenas como una calaverada heroica.

Una marcha forzada habría bastado al poderoso ejército que había flamear la bandera auriverde en los muros de Montevideo, para llegar y encontrar indefenso el pueblo donde aquel Senado augusto promulgaba sus decisiones soberanas; más que importa!—en el trance supremo, a semejanza de los viejos patricios de la antigua Roma, ellos habrían esperado la cuchilla del invasor a la puerta del recinto que guardaba el eco de sus declaraciones inmortales.

La idea se hizo verbo: el verbo se hizo ley —Id a cumplirla!—dijeron los próceres de la Florida—y muy luego Rivera la hace imperar con su astucia en los campos de Rincón, y Lavalleja resplandecer con su sable en las orillas del *Sarandí*.

El rumor de ese combate glorioso se dilata hasta la pirámide del pueblo de 1810.— Estaba encadenada la victoria! — Y ella seguirá arrastrando nuestro carro y el de los hermanos que en nuestro auxilio acuden hasta el último confín de nuestros mares y hasta el propio suelo de los conquistadores.

La revolución de Mayo, invocando disidencias que hubieran podido conjurarse, que en todo caso hubiera debido respetar, movida por una diplomacia siniestra, había llegado en su extravío hasta el crimen de estimular la conquista de nuestro suelo, tendiendo la mano, en la sombra, al invasor.—Sabemos que hay manchas que no bastan a borrar todos los perfumes de la *Arabia*; pero esas mismas se borran a veces con los perfumes de la gloria,—y para borrar esa mancha de la revolución de Mayo fué menester toda la gloria de Alvear en Ituzaingó y toda la gloria del almirante Brown en las azuladas aguas de ese Río que todavía murmura himnos de victoria entre los camalotes del Juncal.

Todos estos recuerdos gloriosos cobran nueva vida y parecen rodearse de una acción magnética, bajo la evocación del monumento que la gratitud nacional ha levantado en la Florida. Parece que se descubriera el luminoso panorama de la vida a un enfermo largo tiempo privado de luz y de aire libre.

El corazón redobla sus latidos como un tambor de guerra. Se despiertan las fibras del patriotismo amortiguado y vibran los resortes enmohecidos de la cívica virtud. Se respira en el ambiente de la

esperanza—y yo pregunto: —con tradiciones tan bellas y tan nobles para fundar una nacionalidad gloriosa— ¿por que no hemos de vivir al fin, todos unidos, en la libertad y en la justicia, sin dejarnos arrastrar por las sacrílegas luchas del pasado, y sin prestar el cuello a la ignominiosa servidumbre, igualmente enemigos de la anarquía y del despotismo,—de la anarquía que todo lo corrompe y del despotismo que no funda sino dominaciones efímeras y sangrientas?

Un Ministro Británico recordaba ha pocos días que nuestro suelo es más grande que el de la Inglaterra unido al país de Gales—mayor aun que el territorio reunido de Bélgica, Portugal y Grecia.—No es tan pequeña entonces la herencia de nuestros antepasados, y si supiéramos amarla, si supiéramos cultivarla, haríamos fácilmente de ella, no por cierto un coloso, (que es amenudo un monstruo) pero sí un organismo serio y fecundo en la civilización de la América.

Por nuestra admirable situación geográfica y por la ausencia de preocupaciones que son el lote de las viejas sociedades, debemos ser la nación más hospitalaria del mundo.

Envíenos España, vieja madre, el contingente de su sangre generosa;—Francia, sus nobles hijos del 89;—Italia, los compatriotas de Colón, Gaboto y Garibaldi; Inglaterra, sus caracteres serios y viriles;—Alemania, sus hijos fuertes para el pensamiento y el trabajo;—Suiza, sus demócratas modelo, y todos los pueblos del mundo la exuberancia de su savia humana para fundar con la evolución del trabajo y la sucesión de los tiempos una nacionalidad generosa y expansiva, que sea la alianza y la fusión de todas las divinidades de los hombres.

Vengan todas las religiones, todas las ideas, todos los sistemas a vivir tranquilos bajo el amparo de la libertad del pensamiento, depurándose por la contradicción pacífica, trabajando y modelando los espíritus, preparando así las soluciones definitivas y armónicas que serán para el individuo la religión del deber, y para el ciudadano la religión de la ley.

Pero cuán lejos estamos, y cuán indignos somos de esa grande obra civilizadora con que únicamente podríamos corresponder a la grande obra emancipadora de nuestros antepasados!—Tenemos aquí, a nuestro lado, envuelta en los últimos rayos del triste ocaso de la vida, a esa noble anciana, que lleva el nombre ilustre del jefe de los Treinta y Tres Orientales;—y, representando en ella a la casi extinta generación de 1825, podemos apenas enseñarle con orgullo esos centenares de niños que vienen bajo el santo báculo de la educación popular a celebrar los fastos nacionales, y entonan con sagrado entusiasmo el viejo himno de la patria y anuncian sin duda una generación más libre, más viril, más pura, más digna de llevar ofrendas al Monumento de la epopeya nacional.

Los iniciadores de esta fiesta, sentirían colmadas sus aspiraciones si en ella recoge la hermana del Héroe una sonrisa, antes de partir a la región ignota donde se hacen las almas confidencias, para que lleve

hasta el espíritu de los Héroes un rayo de la aurora de esperanzas que surge de esas frentes infantiles.

Para ellas, que encierran el porvenir, pidamos la bendición de Dios—y para las grandes glorias del pasado, la eterna veneración de los hombres!

CARLOS MARIA RAMIREZ.
